

LA NUEVA IMAGEN DEL MÉXICO ANTIGUO

DESDE QUE LOS HOMBRES QUE HICIERON LA INDEPENDENCIA propusieron el pasado indígena como la raíz original de la nueva nación, se inició el rescate progresivo de la historia de esta época. Vencido el obstáculo político que impedía su apropiación, comenzó la difícil tarea de derribar las barreras ideológicas que obstruían su entendimiento. El más formidable de estos obstáculos era la visión etnocéntrica europea que calificaba a los pueblos aborígenes de América de primitivos, y consideraba a sus culturas como productos inferiores del desarrollo humano. El logro mayor de la antropología que surgió de la Revolución de 1910, y uno de los más importantes de las ciencias sociales del siglo XX, fue haber creado una concepción antropológica que reconoció el carácter original de las diversas culturas mesoamericanas, y a partir de este reconocimiento discursó enfoques idóneos para comprender su desarrollo dentro de sus propios marcos históricos y culturales. Manuel Gamio, Alfonso Caso, Miguel Othón de Mendizábal y un puñado de pioneros sin títulos académicos crearon una nueva dimensión de la antropología para estudiar el desarrollo de las culturas mesoamericanas y fundaron las instituciones, las disciplinas, las escuelas, los museos, las bibliotecas y los laboratorios para realizar esta tarea de manera sistemática y progresiva. Esta época fundadora sembró las bases de la arqueología científica, propuso un análisis global de las culturas mesoamericanas y promovió un diálogo constante entre la arqueología, la historia y la etnología para examinar el desarrollo de las antiguas civilizaciones.¹

Bajo este impulso, en las décadas de 1940 y 1950 se realizaron exploraciones arqueológicas en las principales zonas del país, se estableció la cronología de los distintos períodos del desarrollo mesoamericano (Preclásico o Formativo, Clásico y Postclásico), se acuñó el concepto Mesoamérica (P. Kirchhoff, 1943), salió a la luz el esplendor arquitectónico y la diversidad de las culturas que poblaban nuestro territorio (olmeca, zapoteca, teotihuacana, maya, tolteca, nahua, etcétera), y se fundaron las especialidades para estudiar cada una de esas culturas, o un aspecto particular de ellas. La base científica que le dio sustento a esta diversidad de aproximaciones al mundo antiguo continuó siendo el análisis arqueológico: la estratigrafía

arqueológica y la evolución de los tipos de cerámica. Con este aliento se publicaron las primeras obras maestras del siglo XX: los estudios clásicos de Silvanus G. Morley y J. Eric S. Thompson sobre los mayas; las obras de George C. Vaillant y Jacques Soustelle sobre los aztecas; los estudios acerca del arte precolombino de Salvador Toscano, Miguel Covarrubias y Paul Westheim, a los que siguió el libro innovador de Justino Fernández, que siguiendo las huellas de Manuel Gamio, Eulalia Guzmán y Edmundo O'Gorman, propuso nada menos que una estética para valorar las creaciones mesoamericanas; la laboriosa investigación de Ignacio Marquina acerca de la *Arquitectura prehispánica*; el vasto rescate del padre Ángel María Garibay de la *Historia de la literatura náhuatl*; y los extraordinarios estudios arqueológicos e históricos de Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Paul Kirchhoff, Robert Barlow, Pedro Armillas, Alfredo Barrera Vázquez y Eduardo Noguera.² Otro logro científico de esta generación fue haber creado el clima y los incentivos académicos para debatir, a través de las célebres mesas redondas de la Sociedad Mexicana de Antropología, los problemas prácticos y teóricos que proponía el análisis de las antiguas culturas indígenas.

Apoyados en este piso, los estudios mesoamericanos dieron un salto cualitativo notable en los treinta años siguientes. En 1964 comenzó la publicación del monumental *Handbook of Middle American Indians*, la obra enciclopédica que en 16 volúmenes sistematizó el conocimiento alcanzado sobre el medio físico, la arqueología, la etnología, la lingüística y la antropología social y física de los pueblos de México y Centro América.³ Esta sistematización de múltiples conocimientos alentó la aparición de estudios teóricos sobre los procesos que impulsaron el desarrollo de la civilización en Mesoamérica, lo que a su vez llevó a reconsiderar el papel que en este desarrollo tuvieron la agricultura, la tecnología hidráulica, el crecimiento de la población y la urbanización, y a caracterizar los tipos de organización social y política correspondientes a cada una de las etapas del proceso de civilización.⁴

Bajo este nuevo enfoque la arqueología abandonó su predilección por el recinto ceremonial de las antiguas ciudades y se esforzó por abarcar el conjunto urbano y sus áreas agrícolas aledañas, como lo ejemplifica el ambicioso estudio de René Millon sobre Teotihuacan: o se propuso analizar, con los métodos de la fotografía aérea y del recorrido extensivo de campo, la variedad de sistemas productivos y de patrones de poblamiento que componían el tejido económico y social de grandes regiones (la cuenca de México y los valles centrales de Oaxaca); o se concentró en el estudio de los orígenes

Este ensayo forma parte de una obra dedicada a revisar el desarrollo y los cambios ocurridos en la producción histórica sobre México en los últimos treinta años. El conjunto se integrará próximamente en un libro, que publicará la Editorial Cal y Arena. Expreso mi reconocimiento a Jobanna Broda y Alfredo López Austin, quienes me hicieron sugerencias que mejoraron esta reseña.

del maíz y de las plantas cultivadas. Entre los campos donde se nota un avance constante en la teoría, los métodos y los resultados empíricos, destaca el estudio de los patrones de poblamiento y el análisis de los sistemas hidráulicos. De los estudios de Gordon R. Willey y William T. Sanders, a las investigaciones recientes de Richard E. Blanton, S. A. Kowalewski, G. Fein, J. Apple y Olivier de Montmolin, el análisis de los patrones de poblamiento se ha convertido en un instrumento preciso para perseguir la evolución de las sociedades antiguas, y en un método que admite enfoques diversos y la experimentación de múltiples técnicas para observar tanto el cambio estructural en el desarrollo social, como la continuidad de las formas de organización social y política adoptadas por estos pueblos. Por otra parte, desde los estudios iniciales de Pedro Armillas y Ángel Palerm sobre los sistemas hidráulicos, hasta los nuevos enfoques de K. I. Enge, S. Whiteford y W. E. Doolittle, el análisis de los sistemas de riego ha sido una fuente continua de conocimientos, un surtidor de innovadores enfoques que arrojan nuevas luces sobre la agricultura, la organización social y las instituciones políticas de Mesoamérica.

Estos estudios mostraron que las ciudades antiguas no eran centros ceremoniales que sólo se llenaban de vida en las grandes fiestas religiosas, sino centros urbanos permanentes y complejos, ligados a un extenso entorno rural, donde desde los tiempos preclásicos se practicaban sistemas intensivos de cultivo y técnicas avanzadas de manejo del agua. Es decir, la arqueología hizo avances sustantivos cuando se apoyó en teorías más sólidas sobre el desarrollo de la civilización, como las relativas al crecimiento de la población, los patrones de asentamiento y el análisis del medio ecológico, las cuales condujeron la investigación a la búsqueda sistemática de datos abundantes, prolongados en el tiempo y representativos de regiones amplias y de diversos tipos de organización socio-política. El uso de marcos teóricos semejantes, y la adopción de nuevos métodos para recolectar y analizar la información, están detrás de las ambiciosas investigaciones que proponen definir los rasgos distintivos de las culturas mesoamericanas, o que preguntan por las causas que les dieron origen, o indagan los procesos que condujeron a su declinación.⁵ En todos estos casos, aun cuando son variadas las interpretaciones, es notable el avance que se observa en el rigor analítico, en la precisión de los problemas por resolver y en la presentación de los resultados.

Pedro Carrasco, Alfredo López Austin, Johanna Broda, Luis Reyes y una nueva generación de investigadores profundizaron el análisis de la organización social, la religión y el ritual en los pueblos del altiplano central, y esclarecieron su relación con las formas de dominación ideológica y política. Quizás lo más notable en los actuales estudios sobre la organización social sea el abandono de las teorías simplificadoras, la ubicación del análisis en un contexto que relaciona la estructura social con la organización política y religiosa, y la confrontación más exigente entre las propuestas teóricas y los testimonios disponibles. Otros investigadores indagaron la organización política y las bases sobre las que se construyó el estado en Mesoamérica, y Jerome A. Offner dio a conocer el primer estudio acerca del sistema legal que organizaba a un señorío mexica y la primera historia política de Texcoco.⁶ Alfonso Caso, además de producir estudios fundamentales sobre *Los calendarios pre-*

hispanicos, publicó su obra maestra, *Reyes y reinos de la mixteca*, basada en el desciframiento de los códices de esta región, que dio a conocer la más dilatada historia genealógica que se conoce de Mesoamérica.⁷ Miguel León - Portilla revisó con nuevos enfoques los textos antiguos y extrajo de ellos las ideas nahuas acerca del cosmos, el hombre y la vida, y Alfredo López Austin publicó un libro extraordinario sobre la concepción nahua del cuerpo humano.⁸

Uno de los descubrimientos más deslumbrantes de estos años ha sido el paulatino desciframiento de la escritura pictográfica, y particularmente la de los mayas. Gracias a esta lectura, hoy sabemos que las famosas estelas pobladas de inscripciones, que antes se creía que aludían a temas religiosos, astronómicos y calendáricos, son en realidad monumentos conmemorativos del ascenso al poder de los gobernantes, un registro de las fechas fundamentales de sus vidas y una recordación de sus hazañas.⁹ La historia de este descubrimiento que revolucionó el conocimiento acerca de los mayas comenzó cuando entre 1960 y 1964 Tatiana Proskouriakoff publicó una serie de estudios que sin lugar a dudas demostraron que las inscripciones grabadas en las estelas mayas se referían a las hazañas y nombres de gobernantes. En 1962 David Kelly publicó la primera historia de la dinastía de Quiriguá y poco antes Heinrich Berlin identificó los nombres glíficos de personajes históricos de Palenque, y los glifos que aludían a diversas ciudades mayas. Sin embargo, este descubrimiento enfrentó rechazos persistentes, y aún más oposición suscitó la propuesta de Yuri Knorozov, el especialista ruso que en 1952 sostuvo la tesis de que, al igual que otras escrituras (Egipto, Mesopotamia), la maya era una combinación de signos de palabras y signos que representaban el sonido de sílabas: una mezcla de escritura y fonetismo. Como señala Linda Schele, el tercer factor que alumbró esta escritura misteriosa fue el análisis sintáctico de los textos mayas: la deducción iluminadora de un grupo de epigrafistas, entre los que destaca la misma Linda Schele, de que la escritura jeroglífica reflejaba el lenguaje hablado, y por lo tanto, que en cada texto había un orden que podría servir para explicar la función de cada glifo, incluso cuando éstos no pudieran ser leídos. Es decir, el análisis de la sintaxis permite descubrir, aun cuando no se conozca el significado de un glifo, si se trata de un nombre o de un verbo, según el lugar que éste ocupa en la frase, y de este modo se puede leer el texto como un todo que permite reconstruir y confrontar la lectura de glifos aislados. Estas son, en síntesis, las claves del descubrimiento maravilloso que cada día abre nuevas posibilidades para comprender textos escritos hace siglos, y de entenderlos en el sentido en que fueron elaborados por los escribas mayas. A su vez, los conocimientos aportados por esta lectura han arrojado nueva luz sobre el poder dinástico y la organización política que se concentraba en los *abauob* mayas, los ejecutores y representantes del poder estatal.

El uso de modelos tomados de las ciencias sociales y la aplicación de nuevas técnicas de análisis, indujeron cambios sustanciales en la comprensión de las concepciones religiosas, el ritual y la mitología. Ejemplos destacados de esta creciente manera de estudiar las antiguas culturas de Mesoamérica son los ensayos de Johanna Broda acerca de las ceremonias rituales nahuas y sus relaciones con la ideología y el poder; las obras de Michel Graulich sobre el mito y el ritual que por

primera vez presentan un análisis global de los mitos aztecas; los libros de Christian Duverger acerca del sacrificio y la mitología azteca; y los estudios de Linda Schele, Mary Ellen Miller y David Freidel sobre el ritual, el sacrificio y los símbolos del poder dinástico entre los mayas. En fechas recientes se publicó un nuevo libro de Alfredo López Austin, *Los mitos del Itzcuacabe*, que es la obra mexicana más ambiciosa que se ha escrito sobre el mito: una reconstrucción histórica notable y un vasto compendio de la mitología de Mesoamérica.¹⁰

Los estudios sobre el mito, al dejar de considerar estos relatos como documentos históricos, desarrollaron métodos y técnicas que permiten tratarlos como estructuras simbólicas específicas, cuya composición interna y simbolismo revelan la manera como estos pueblos codificaban en el mito hechos fundamentales relativos al mundo sobrenatural y a la vida de los hombres. Es decir, muestran que el discurso mítico fue el principal instrumento de estas sociedades para codificar su interpretación de la creación del mundo, la composición del universo, el vínculo entre tiempo y espacio, la misión de los dioses, el origen del hombre y de los productos útiles para la vida humana, la función de los hombres en la tierra, etcétera. Y quizá lo más significativo es que el estudio de los mitos se considera hoy una vía que profundiza y amplía la comprensión de la religión en las sociedades antiguas. Por largo tiempo esquematizado y subvalorizado, el estudio de la religión se ha convertido en las últimas décadas en uno de los campos más frecuentados y productivos. Junto a la organización social y las estructuras de poder, el estudio de la religión se ha revelado fundamental para comprender la historia de las antiguas civilizaciones. Lo positivo es que este reconocimiento ha provocado una serie de nuevos estudios que han enriquecido nuestra visión del fenómeno religioso en su conjunto, y una avalancha de ensayos que contemplan la presencia de la religión en la vida diaria y el más allá, en las festividades y el ritual, en la organización social y en la guerra, en la arquitectura monumental y en las artes, en la legitimación del poder dinástico y en el conjunto de la organización política.

El estudio de la astronomía, combinado con la interpretación de las concepciones religiosas y cosmológicas y la orientación espacial de las ciudades, es otra de las vías que han permitido avanzar en la comprensión de la relación entre cosmos, naturaleza y organización social que regía la concepción del mundo en Mesoamérica. Gracias a estos conocimientos hoy se tiene una idea más precisa acerca de la relación entre tiempo y espacio y una nueva interpretación de las categorías temporales (tiempo sagrado, tiempo calendárico y tiempo profano) que modelaban el pensamiento, los ritos y las actividades de los pobladores de Mesoamérica.¹¹

En los últimos treinta años el estudio de las manifestaciones artísticas de Mesoamérica avanzó a una velocidad vertiginosa. En primer lugar dejó de ser un relato descriptivo que no vinculaba las obras con el contexto social, político y religioso en el que estaban insertas, y se convirtió en un instrumento analítico que reveló aspectos nuevos de las sociedades indígenas. En segundo lugar, para descifrar las formas y las concepciones estéticas de una cultura, la investigación abandonó el estudio de las obras aisladas y se propuso inventarios exhaustivos de la iconografía, la pintura, la escultura y los estilos arquitectónicos. Apoyada en estos nuevos enfoques,

Merle Greene Robertson realizó el bello y sistemático rescate de la escultura de Palenque; Mary E. Miller produjo una nueva interpretación de las extraordinarias pinturas de Bonampak; Sonia Lombardo coordinó la catalogación de la pintura mural de los mayas de Quintana Roo; Beatriz de la Fuente y un grupo de investigadores realizaron el inventario de la escultura en piedra de la Huasteca y de Tula; Hasso von Winning contribuyó a esclarecer el significado de los signos y glifos teotihuacanos; Laurette Sejourné, Arthur Miller, Esther Pasztory, George Kubler y Clara Millon publicaron obras que arrojaron nueva luz sobre la pintura y el arte de Teotihuacan. Así, a través de la epigrafía y el análisis iconográfico, el lector contemporáneo descubrió una nueva dimensión de los dioses, los gobernantes, los rituales, los códices, la arquitectura, la cerámica, la pintura y el arte de las antiguas ciudades de Mesoamérica.¹²

A este caudal de nuevas técnicas de análisis y a esta profusión de enfoques interdisciplinarios se han agregado, particularmente en el área maya, los conocimientos derivados de los hallazgos arqueológicos recientes y los enfoques procedentes del estudio de la escritura, la epigrafía, la religión, el ritual, el sacrificio, la arquitectura y el arte, de modo que en el transcurso de apenas tres décadas esta conjunción de conocimientos ha dado como resultado una visión nueva de la historia maya. Una idea del gran cambio producido por los nuevos estudios la ofrece el siguiente comentario de Michael D. Coe, largo pero expresivo:



Diseños de Beatriz Russek para el vestuario de la obra.

¡Qué esfuerzo tan grande tiene que desarrollar hoy el pobre estudiante de historia para absorber la última información relativa a la civilización maya y presentar su disertación doctoral! Hacia mediados de la década de 1950, cuando yo estaba en esa situación, las cosas eran más sencillas: se suponía que las ciudades mayas eran "centros ceremoniales" relativamente vacíos; que la economía descansaba en el sistema de roza y quema de los campos agrícolas; y que el pacífico reino maya de la época clásica era gobernado por un sacerdocio obsesionado por el transcurrir del tiempo. Poco o nada se sabía de los jeroglíficos no calendáricos; se pensaba que las pictografías se referían principalmente a asuntos calendáricos y astronómicos, y el fonetismo era considerado una teoría desacreditada. Los olmecas eran, según las mejores autoridades, un hecho histórico del periodo Postclásico, y el periodo Formativo o Preclásico en el área maya se presentaba como una época de economía campesina simple, que contrastaba notablemente con la brillantez de la época clásica.

¡Qué erróneo era todo esto! Gracias a la intensa investigación arqueológica, histórica, artística y epigráfica desarrollada en las últimas tres décadas, ahora sabemos que las grandes ciudades mayas, como Tikal, Palenque, Copán y Uxmal, estaban lejos de ser centros vacíos. Sabemos que los mayas del preclásico tardío y del clásico practicaban métodos intensivos de cultivo, particularmente en las áreas húmedas de las tierras bajas del sur. Ahora es sorprendentemente claro que los mayas de la época clásica, y sus antecesores del Preclásico, eran gobernados por dinastías hereditarias de guerreros, para quienes el autosacrificio del derramamiento de la sangre y el sacrificio de la decapitación humana eran obsesiones supremas. El avance más rápido en la investigación acerca de los mayas se ha hecho en el campo de la escritura jeroglífica: ahora en verdad puede decirse que, finalmente, los antiguos mayas hablaban por sí mismos. ¡Pero el mundo del que hablan tiene muy poca semejanza con el que me enseñaron en Harvard! Asimismo, ahora sabemos que los mayas se ubican históricamente en un periodo avanzado del desarrollo de la civilización y del estado en Mesoamérica, y que en estos aspectos habían sido precedidos por los olmecas del sur de la costa del Golfo de México, y aparentemente también por los zapotecos de Oaxaca.¹⁵

En la vasta literatura de los últimos años ningún libro refleja con tanta elocuencia el formidable cambio operado en el conocimiento sobre la antigüedad maya como la obra reciente de Linda Schele y David Freidel: *A forest of kings. The untold story of the ancient maya* (New York, William Morrow and Company, 1990). *A forest of kings* es un basamento que acumula el conocimiento arqueológico, epigráfico, lingüístico, religioso, social, político y cultural producido sobre los mayas en los últimos años, sobre el que se levanta una pirámide transmisora de nuevas señales, que proyecta esos conocimientos a través de una exposición gráfica y literaria magistral. *A forest of kings* se sustenta en los múltiples conocimientos aportados por la nueva investigación sobre los pueblos mayas, pero es fundamentalmente una historia política: una historia que narra cómo los mayas crearon, entre fines del periodo Preclásico y comienzos del Clásico, sus primeros reinos, y describe las posteriores guerras de conquista, las alianzas y las pugnas entre los gobernantes de Uxactún, Tikal, Caracol, Naranjo, Calakmul, Palenque, Yaxchilán, Quirigua y Copán. Sumergidos en este bosque de reyes y dinastías, los autores ensayan explicar la difícil construcción del

poder político en una región aislada por la selva y sembrada de reinos competitivos cohesionados alrededor de la figura divinizada del *abau*, apoyándose en el discurso y la imaginería que los propios mayas produjeron sobre la realeza, el poder y los deberes y responsabilidades de gobernantes y gobernados. La diferencia con las historias anteriores reside en que Linda Schele y David Freidel construyen una historia fundada en la lectura del lenguaje que los propios mayas crearon para representarla, y se esfuerzan por interpretar esa historia a partir de sus propias categorías temporales, espaciales, religiosas y simbólicas. Por eso, aun cuando es una historia del reino y del poder dinástico maya, es también una historia fascinante de la intervención de las fuerzas cósmicas, de la participación del espacio y el tiempo sagrados, los dioses, los antepasados, los templos y la escritura en la afirmación del poder real, que en la mentalidad maya era el centro, la suma y la representación terrestre de todas esas fuerzas.

Además del desciframiento de la escritura jeroglífica, la clave que permitió esta reinterpretación revolucionaria de la historia maya está, por un lado, en la comprensión que adquirieron los autores del carácter central que tuvo la realeza en la cosmovisión maya, y por otro, en el carácter público que asumió la escritura de la historia, que además de plasmarse en libros impenetrables para la mayoría del pueblo maya, se grabó en decenas de estelas, altares, templos, tumbas y juegos de pelota, y en el conjunto espacial, arquitectónico y simbólico de las ciudades mayas. Es decir, el supremo gobernante adquirió el carácter de figura central del mundo maya porque su persona y su acción en el escenario terrestre adquirieron el sentido de una meditación necesaria con el mundo de los dioses: eran el conducto a través del cual se ejecutaban los sacrificios y los ritos que aseguraban la conservación del orden cósmico y propiciaban el derrame de los dones divinos indispensables para la vida humana. El rey maya era también el puente de comunicación con los antepasados, y el representante de la comunidad ante los dioses y los ancestros: el eje de la vida terrena y de la comunicación con el mundo sobrenatural. Por asumir todas esas funciones, los actos del rey eran entonces los acontecimientos principales de la vida maya, los hechos verdaderamente dignos de recordarse, conmemorarse y difundirse. La reconstrucción histórica de Linda Schele y David Freidel está basada en esta función central y absorbente de la realeza, y en la lectura comprensiva, simpática y extraordinariamente aguda de sus manifestaciones en los textos jeroglíficos, los templos, las estelas y los símbolos sobrenaturales y terrestres que hicieron de esta historia divina y humana una historia pública, una narración que podía leerse en las ceremonias, el ritual, los mitos, las conmemoraciones y los monumentos que cíclicamente, en cada vuelta del calendario, recordaban y actualizaban la historia del reino y de su representante supremo. El resultado de este ejercicio aleccionador de lectura, análisis e interpretación, es una historia de los mayas construida a partir de los propios testimonios mayas que narran esa historia.

En los últimos capítulos de este libro, Schele y Freidel recogen los trágicos y fragmentados testimonios del colapso que produjo la desaparición, a finales de la época clásica, del sistema dinástico, del poder central y divino de los *abauob*, y de la historia maya contada a través de las vidas y hazañas de sus gobernantes. La nueva organización política y la nueva

representación de la historia que aparece en el Postclásico maya, principalmente en Chichén Itzá, indican que el antiguo sistema que durante casi mil años produjo el esplendor de decenas de ciudades mayas, había dejado de ser eficiente para organizar pueblos, fundar gobiernos estables y producir riqueza. En Chichén Itzá los mayas construyeron un mundo sin reyes, un imperio que se levantó por arriba del poder personal de los *abauob*, un gobierno dirigido por una alianza de ciudades y jefes, y representado por símbolos del poder real (el disco solar o la Serpiente Emplumada) que deliberadamente omitían la representación de la persona física que lo encarnaba. En esta nueva forma de organización política Chichén Itzá fue la capital de un imperio sin historia pública de sus gobernantes, sin la presencia avasalladora de las hazañas del *abau* invadiendo los templos, los monumentos públicos, los santuarios sagrados y el escenario entero de la ciudad.

Esta es la historia principal que narra *A forest of kings*. Su mérito no es sólo contarla por primera vez tal y como la escribieron los mayas. Tiene la fuerza de un despliegue de conocimientos nuevos y diversos integrados armónicamente, organizados con rigor, expuestos con imaginación y talento, que reiteran el mensaje de que la escritura de la historia es una empresa que a la vez que exige la simpatía por el objeto estudiado, impone el desafío intelectual de adquirir los instrumentos necesarios para comprender tiempos, personajes y hechos distantes. También transmite la estimulante sensación de que la investigación histórica es principalmente un proceso de confrontación rigurosa de diversas interpretaciones, combinada con la propuesta de nuevas hipótesis, y que en el curso de este proceso el análisis histórico procura, cuando se cumplen esos requisitos, el gozo de unir el esfuerzo individual a una empresa colectiva que ha sido decisiva para iluminar con luz clara partes oscuras del desarrollo humano.

Aun cuando la región maya es sin duda una de las áreas privilegiadas por la investigación reciente,¹⁴ en los últimos treinta años aparecieron estudios arqueológicos básicos sobre casi todas las áreas culturales de Mesoamérica, investigaciones dedicadas a esclarecer el desarrollo histórico de cada una de ellas y análisis comparativos sobre el conjunto.¹⁵ No es pues casual que este período además de las múltiples obras monográficas que lo consideran sea también un modelo en la edición de códices y de fuentes.

Puede decirse que la civilización mesoamericana es hoy una de las áreas de estudio más creativas y fascinantes del gran laboratorio de la historia: un campo donde el interesado en la evolución humana puede incursionar con la certeza de que va a encontrar en él conocimientos valiosos acerca de la transformación de las sociedades en el tiempo. Una de las características de estos estudios es la utilización de las teorías generales del desarrollo humano como guía de las investigaciones arqueológicas. Pero puede observarse que recientemente además de los arqueólogos son los historiadores y los etnólogos quienes, al tratar de explicar la estructura y la dinámica social, los sistemas económicos, la organización política, la religión, los símbolos o las expresiones artísticas, acuden también a diversas teorías del desarrollo social y se esfuerzan por aplicarlas a los procesos mesoamericanos.

Otra característica de los estudios recientes es el uso intenso de métodos y técnicas procedentes de diversas disciplinas. La antes no escuchada recomendación de salir de los estancos

de la especialidad y ejercitar las técnicas creadas por otras disciplinas,¹⁶ se ha vuelto una práctica común de los investigadores del México antiguo. Hoy no sólo es frecuente la presencia de equipos integrados por arqueólogos, etnólogos, historiadores, lingüistas, paleontólogos, biólogos, botánicos, astrónomos, epigrafistas y otros expertos, sino que los especialistas de la organización social, la economía, la religión o el arte son practicantes asiduos del análisis multidisciplinario.

En fin, quizá porque internacionalmente hay consenso en situar como objetivo central de la investigación el avance progresivo del conocimiento, la persistencia en alcanzar esta meta ha superado los obstáculos que naturalmente se presentan cuando entre los investigadores hay diversidad de nacionalidades, pertenencia a instituciones, formación profesional y recursos económicos. Si elevamos la vista por encima de las circunstancias nacionales (que presentan una situación menos favorable), y contemplamos el conjunto de la producción internacional sobre Mesoamérica, se observa que a pesar de la gran diversidad de los investigadores es notable la continuidad de los trabajos, la reactualización generacional de los objetivos básicos, la presencia de formas variadas de colaboración tanto entre individuos como entre instituciones, y el establecimiento de acuerdos para sistematizar los logros de varias generaciones.¹⁷ Es decir, puede afirmarse que en la comunidad internacional de investigadores hay la convicción de que el trabajo individual, cuando se funda en el de los antepasados y se enriquece con los apoyos de las instituciones y del conjunto de los trabajadores del gremio, se transforma en conocimiento colectivo positivo y tiene una proyección poderosa hacia el futuro.

NOTAS

¹ José Lameiras. "La antropología en México. Panorama de su desarrollo en lo que va del siglo". *Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectiva*. México. El Colegio de México, 1979. pp. 108 - 180.

² Una información detallada sobre las obras sobresalientes publicadas en estos años puede verse en el artículo citado de Lameiras; y en Miguel León - Portilla, "Perspectivas de la investigación sobre la historia prehispánica de México", *Historia Mexicana*. XXI. oct. - dic. 1971, pp. 198 - 210; Leonardo Manrique y Yólotl Lesur, "Historia prehispánica", *Veinticinco años de investigación histórica en México*. México. El Colegio de México, 1966, pp. 375 - 403; y Enrique Florescano *Los estudios económicos sobre la época prehispánica*, México, Departamento de Investigaciones Históricas del INAH. 1977. Cuaderno de Trabajo 21.

³ Robert Wauchope (Ed). Austin, University of Texas Press, 16 vols. 1964 - 1975. A estos volúmenes se han agregado, entre 1981 y 1986, los suplementos editados por Victoria Reiffer Bricker, dedicados a poner al día las partes correspondientes a arqueología, lingüística, literatura y etnohistoria.

⁴ Un análisis crítico de estos enfoques, y una nueva propuesta para analizar la evolución cultural de Mesoamérica, lo ofrece la obra de Richard E. Blanton, Stephen A. Kowalewski, Gary Feinman y Jill Appel, *Ancient Mesoamerica. A comparison of change in three regions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981. Sobre las características del desarrollo de la civilización mesoamericana, véase Robert M. Adams, *The evolution of urban society: Early Mesopotamia and Prehispanic Mexico*, Chicago, Aldine Publishing Company, 1966; William I. Sanders y Barbara J. Prides, *Mesoamérica*,

- The evolution of a civilization*, New York, Random House, 1966; Friedrich Katz, *The ancient american civilization*, New York, Praeger, 1972; William T. Sanders, Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley, *The basin of Mexico: ecological process of evolution of a civilization*, New York, Academic Press, 1979; y Olivier de Montmolin, *The archaeology of political structure. Settlement analysis in a classic maya polity*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989. Como ejemplo de los nuevos estudios que buscan explicar el colapso de las antiguas civilizaciones, véase T. Patrick Culbert (Ed.), *The classic maya collapse*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973; John W. G. Lowe, *The dynamics of apocalypse. A system simulation of the classic maya collapse*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985; y Norman Yoffee y George L. Cowgill (Eds.), *The collapse of ancient states and civilizations*, Tucson, The University of Arizona Press, 1988.
- ⁵ Véase René Millon, *Urbanization at Teotihuacan. Mexico*, Austin, University of Texas Press, 1973; sobre los patrones de asentamiento véase la obra de Richard E. Blanton et al., citada en la nota, que ofrece una amplia bibliografía; como ejemplo de los estudios dedicados a reconsiderar el medio ecológico en el desarrollo de la civilización puede verse el libro de Ángel Palerm, *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*. México, SepSetentas, 1972; del mismo autor, *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del Valle de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1973; Ángel Palerm y Eric Wolf, *Agricultura y civilización en Mesoamérica*. México, SepSetentas, 1972; y Eric R. Wolf (Ed.), *The Valley of Mexico. Studies in pre-hispanic ecology and society*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1976; Kjell I. Engle y Soett Whiteford, *The Keepers of water and earth. Mexican rural social organization and irrigation. Foreword by Robert C. Hunt*. Austin, Texas University Press, 1989; y William E. Doolittle, *Canal irrigation in prehistoric Mexico. The sequence of technological change*, Austin, Texas University Press, 1990. Acerca de los orígenes del maíz y las plantas cultivadas véase la obra colectiva, dirigida por Richard S. MacNeish y Douglas Byers S. (Ed.), *The prehistory of the Tebucan Valley*, Austin University of Texas Press, 1967 - 1972. 5 vols; Teresa Rojas Rabiela y William T. Sanders (Ed.), *Historia de la agricultura. Época prehispánica — siglo XVI*, México, INAH, 1985, 2 vols.; y Kent V. Flannery, *Guñá naqutiz. Archaic foraging and early agriculture in Oaxaca, Mexico*, Orlando, Academic Press Inc., 1986; y Kent V., Flannery (Ed.) *Maya subsistence*, New York, Academic Press, 1982. Véase también el ensayo de William T. Sanders y Barbara J. Price, "A la recherche du temps perdu: una re-visión de Mesoamérica", en Modesto Suárez (Cord.) *Historia, antropología y política: Homenaje a Ángel Palerm*, México, Alianza Editorial mexicana, 1990. T. I., pp. 233 - 274. En este ensayo los autores revisan los procesos de acumulación de información y los planteamientos teóricos que han impulsado a la arqueología, y sus métodos de análisis para comprender el desarrollo de las civilizaciones antiguas.
- ⁶ Véase Pedro Carrasco, Johanna Broda, et al., *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, México, SEP - INAH, 1976; Pedro Carrasco y Johanna Broda (Eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, México, Ed. Nueva Imagen, 1978; Alfredo López Austin, *Hombre - Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, México, UNAM, 1973; Luis Reyes García, *Cuauhtinchan del siglo XII al XVI. Formación y desarrollo histórico de un señorío prehispánico*, México, FCE, 1988; Mercedes Olivera, *Pillis y macehuales. Las formaciones sociales y los modos de producción de Tecali: del siglo XII al XVI*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1978; Brigitte Boehm de Lameiras, *Formación del estado en el México prehispánico*. Zamora, Colegio de Michoacán, 1986; Andrés Medina, Alfredo López Austin y Mary Carmen Serra (Eds.), *Origen y formación del estado en Mesoamérica*, México, UNAM, 1986; Grant D. Jones y Robert R. Kautz (Eds.), *The transition to statehood in the new world*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981; John W. Fox, *Maya postclassic state formation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; y Jerome A. Offner, *Law and politics in Aztec Texcoco*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983. Esta obra fue publicada por el FCE en 1977 - 1979, 2 vols.
- ⁷ Miguel León - Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, UNAM, 1956; Alfredo López Austin, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, México, UNAM, 1980, 2 vols.
- ⁸ Véase una evaluación de las aportaciones hechas por Heinrich Berlin. Tatiana Proskouriakoff, David H. Kelley, Alberto Ruz Lhuillier y Yuri Knorosov, más una reseña de los estudios posteriores que han enriquecido la lectura de los glifos mayas, en Linda Schele, *Maya glyphs. The verbs*, Austin, University of Texas Press, 1982; Linda Schele y Mary Ellen Miller, *The blood of kings*. New York, George Braziller - Kimbel Art Museum, 1986, pp. 323 - 328; y John S. Justeson y Lyle Campbell. (Eds.) *Phoneticism in maya hieroglyphic writing*. Albany, Institute for Mesoamerican Studies, 1984.
- ⁹ Véase, por ejemplo, las obras citadas de Pedro Carrasco y Johanna Broda en la nota 6; y de esta misma autora, "La fiesta azteca del Fuego Nuevo y el culto de las Pléyades", en Franz Tichy (Ed.), *Space and time in the cosmology of Mesoamerica*, Munich, Lateinamerika Studien 10, 1982, pp. 129 - 158; "Templo Mayor as a ritual space", en Johanna Broda, David Carrasco y Eduardo Matos Moctezuma, *The great temple of Tenochtitlan*. Berkeley, University of California Press, 1987, pp. 61 - 123; Burr Cartwright Brundage, *The jade steps. A ritual life of the Aztecs*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1985; Yólotl González Torres, *El sacrificio humano entre los mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica - INAH, 1985; Elizabeth H. Boone (Ed.), *Ritual human sacrifice in Mesoamerica*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1984; y los estudios reunidos por Elizabeth Hill Boone (Ed.) en *The aztec temple mayor*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1987; Michel Graulich, *Mythes et rituels du Mexique ancien préhispanique*, Bruxelles, Académie Royale de Belgique, 1982; y del mismo autor, *Quetzalcóatl y el espejismo de Tollan*, Antwerpen, Instituut voor Amerikanistiek, 1988; Christian Duverger, *La fleur métale. Économie du sacrifice azteque*. Paris, Editions du Seuil, 1978; y también *El origen de los aztecas* (1983), México, Ed. Grijalbo, 1987; y Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuacbe*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990. Acerca de los mayas véase el excelente libro ya citado en la nota 9 de Linda Schele y M.E. Miller, sobre las dinastías y el ritual en el arte maya, y el estudio de David Freidel y Linda Schele sobre los símbolos del poder entre los mayas, publicado en Elizabeth P. Benson y Gillett G. Griffin (Eds.), *Maya iconography*. Princeton, Princeton University Press, 1988. Esta obra contiene un grupo de ensayos representativos de las nuevas tendencias de la investigación y de los nuevos métodos que se ejercían en el análisis de la escritura jeroglífica, el simbolismo de la sangre, la ideología y el arte maya.
- ¹¹ Un ejemplo de estos estudios, que cuentan ya con una bibliografía muy amplia, puede verse en Anthony F. Aveni (Comp.), *Astronomía en la América antigua* (1977). México, Siglo Veintiuno Editores, 1980; y en la más importante obra de síntesis del mismo

- Aveni, *Skywatchers of ancient Mexico*, Austin, University of Texas, 1980 (hay traducción al español del FCE, 1989). Véase también, en relación con el tiempo y el espacio, la obra ya citada en la nota 10 de Franz Tichy; Johanna Broda "Arqueoastronomía y desarrollo de las ciencias en el México prehispánico", en Marco Antonio Moreno Corral (Ed.), *Historia de la astronomía en México*, México, SEP - FCE, 1988; y el libro de Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, México, Joaquín Mortiz, 1987, Cap. 1. El último y el mejor libro sobre el sistema calendárico de Mesoamérica es el de Munro S. Edmonson, *The Book of the year. Middle American calendrical systems*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1988.
- ¹² Véase Merle Greene Robertson, *The sculpture of Palenque*, Princeton, Princeton University Press, 1983 - 1985, 3 vols.; Mary E. Miller, *The murals of Bonampak*, Princeton, Princeton University Press, 1986; Sonia Lombardo (coordinadora), *La pintura mural maya de Quintana Roo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia - Gobierno del Estado de Quintana Roo, 1987; Jacinto Quirarte, *Izapan style art: a study of its forms and meaning*, Washington, Dumbarton Oaks, 1973; Michael E. Kampen, *The sculptures of El Tajín*, Gainesville, University of Florida Press, 1972; David Joralemon, *A study of olmec iconography*, Washington, Dumbarton Oaks, 1971; Beatriz de la Fuente y Nelly Gutiérrez Solana, *Escultura huasteca en piedra*, México, UNAM, 1980; Beatriz de la Fuente, Silvia Trejo y Nelly Gutiérrez Solana, *Escultura en piedra de Tula*, México, UNAM, 1988; Hasso von Winning, *La iconografía de Teotihuacan*, México, UNAM, 1982, 2 vols.; Laurette Séjourné, *Arquitectura y pintura en Teotihuacan*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1966; Arthur G. Miller, *The mural painting of Teotihuacan*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1973; George Kubler, *The iconography of the art of Teotihuacan*, Washington, Dumbarton Oaks, 1967; Esther Pasztor, *The murals of Tepantitla Teotihuacan*, New York, Garland Publishing, 1976; Kathleen Berrin (Ed.), *Feathered serpents and flowering trees*, San Francisco, The Fine Arts Museums of San Francisco, 1988. Sobre el arte azteca véase el excelente libro de Esther Pasztor, *Aztec Art*, New York, Harry N. Abrams, 1983; Cecilia F. Klein, *The face of the earth: frontality in two - dimensional mesoamerican art*, New York, Garland, 1976; y los estudios contenidos en Elizabeth Benson (Ed.), *Mesoamerican sites and world views*, Washington, Dumbarton Oaks, 1981.
- ¹³ Véase el prólogo a la obra editada por Elizabeth P. Benson, *City - States of the Maya: art and architecture*, Rocky Mountain Institute for Pre - Columbian Studies, 1986.
- ¹⁴ Las obras sobre diversos aspectos de la cultura maya citadas en las notas 3, 4, 6, 9, 10, 12 y 13 son testimonio de estos cambios. Véanse, además, las siguientes: George F. Andrews, *Maya cities: placemaking and urbanization*, Norman, University of Oklahoma Press, 1975; Alberto Ruz, *El pueblo maya*, México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1981; John S. Henderson, *The world of the ancient maya*, New York, Cornell University Press, 1981; William J. Folan, Ellen R. Kintz y Lorraine A. Fletcher, *Coba. A classic maya metropolis*, New York, Academic Press, 1983, 2 vols.; Pierre Bécquelin y Claude F. Baudet, *Toniná, une cité maya du Chiapas*, Mexico, Centre d'Etudes Mexicaines et Centroaméricaines, 1984, 3 vols.; la obra de Alberto Ruz dedicada al espectacular descubrimiento de la tumba de Pacal en Palenque, *El Templo de las inscripciones. Palenque*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1973; Lee A. Parsons, *The origins of maya art: monuments of stone sculpture of Kaminaljuyu, Guatemala, and the southern Pacific coast*, Washington, Dumbarton Oaks, 1986; Michael D. Coe, *The maya scribe and his world*, New York, The Grolier Club, 1973; Francis Robicsek y Donald M. Hales, *The maya book of the death: the ceramic codex*, Charlottesville, University of Virginia Art Museum, 1981; Michael D. Coe, *Lords of the underworld: masterpieces of classic maya ceramics*, Princeton, Princeton University Press, 1978; y los estudios citados de Merle Greene Robertson, *The Sculpture of Palenque*, y Mary Ellen Miller, *The murals of Bonampak*.
- ¹⁵ El citado *Handbook of Middle American Indians* y su suplemento contienen estudios arqueológicos sobre cada una de las regiones culturales de Mesoamérica. Como ejemplo de estudios específicos sobre estas áreas véase, acerca de los olmecas, Michael D. Coe y Richard A. Diehl, *In the land of the olmec*, Austin, University of Texas Press, 1980, 2 vols.; y David C. Grove, (Ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, 1987; sobre los zapotecos y mixtecos, véase Kent V. Flannery y Joyce Marcus (Eds.), *The cloud people: evolution of the zapotec and mixtec civilization of Oaxaca. Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982; y Ronald Spores, *The mixtec kings and their people*, Norman, University of Oklahoma Press, 1967; sobre los toltecas véase Nigel Davies, *The toltecs until the fall of Tula*, Norman, University of Oklahoma Press, 1977; y del mismo autor, *The toltec heritage*, Norman, University of Oklahoma Press, 1980; y Richard A. Diehl, *Tula. The toltec capital of ancient Mexico*, London, Thames and Hudson, 1983. En fin, los nahuas, junto con los mayas, son uno de los pueblos mejor estudiados. Véanse, por ejemplo, las numerosas obras citadas en las notas anteriores sobre esta cultura, y los libros siguientes: Victor M. Castillo, *Estructura económica de la sociedad mexicana*, México, UNAM, 1972; Pedro Carrasco, "La sociedad mexicana antes de la conquista", en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1976, vol. 1; José Luis de Rojas, *México Tenochtitlan. Economía y sociedad en el siglo XVI*, México, El Colegio de Michoacán - FCE, 1986; Doris Heyden, *México. Origen de un símbolo*, México, Colección Distrito Federal, 1985; Rudolph van Zanwijk, *The aztec arrangement*, Norman, University of Oklahoma Press, 1985; Geoffrey W. Conrad y Arthur A. Demarest, *Religion and empire. The dynamics of aztec and inca expansionism*, Cambridge University Press, 1984; Ross Hassig, *Aztec warfare. Imperial expansion and political control*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988; y Susan D. Gillespie, *The aztec kings. The reconstruction of rulership in mexican history*, Tucson, The University of Arizona Press, 1989.
- ¹⁶ Una ponencia que presenté en noviembre de 1969 en la tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos insistía en esta propuesta: "Perspectivas de la historia económica de México". *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México*, México, (UNAM - The University of Texas at Austin, 1971, pp. 317 - 330).
- ¹⁷ La concepción y publicación del *Handbook of Middle American Indians* y recientemente del ya citado *Supplement*, son prueba del avance logrado en la concertación de instituciones e individuos para sistematizar el conocimiento. Otra prueba es la creación, entre 1970 y 1989, de nuevos centros de investigación dedicados a Mesoamérica en Europa y Estados Unidos de Norteamérica. Los seminarios y publicaciones auspiciados por la Dumbarton Oaks Research Library and Collection, el Institute for Mesoamerican Studies de Albany, el Rocky Mountain Institute for Pre - Columbian Studies, las mesas redondas de la Sociedad Mexicana de Antropología y las mesas redondas de Palenque, han sido decisivas en el esclarecimiento de los problemas de la investigación reciente, en la definición de nuevas metas y en la creación de equipos dedicados a investigaciones colectivas. Un apoyo a estos estudios vino a ser la creación, en 1973, del centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).